

## X

## LA EMBRIAGUEZ DE UN CABALLO

La campana del lugar donde se pesaban los jockeys acababa de dar la señal, cuando bravos frenéticos partieron del pie de las tribunas y se extendieron rápidamente. Sir Japhet, propietario del caballo por quien todo buen Inglés apostaba, acababa de aparecer sobre su « mail ». La turba le saludaba.

Sir Japhet estaba un poco pálido, pero ninguna línea del rostro denunciaba la tensión de sus nervios. Con el asentimiento de la reina acababa de abandonar la tribuna real, y se preparaba á juzgar á su caballo solo con verlo salir, porque hacía varios días que no le había visto.

Uno á uno entraban los caballos en la gran pista, caracoleando, cogiendo un pequeño galope de prueba.

Cinco caballos se encontraban ya en línea; entre ellos el americano Libertad y la francesa Aubergine, cuyo jockey llevaba casaca blanca con manchas cerezas y toca de oro.

Faltaba Lucifer.

Al ver la turba que había en el pasadizo, se comprendía que el campeón inglés luchaba con dificultades para entrar en escena.

Por último aparecieron los colores del baronet : azul cielo y plata.

Lucifer franqueó la puerta como una flecha, llevando al caballero en un galope soberbio, que hizo lanzar un grito de admiración al caballero Blancanard.

— ¡Ah! truenos, clamó. ¡Qué caballo! ¿Apostáis contra mí, Sr. Dupoteau? Entre compatriotas es inútil proporcionar ganancias á los « bookmakers. »

La verdad es que, al ver á Lucifer, sentía no haber apostado sino veinticinco francos sobre las piernas de una tan admirable bestia.

La entrada escandalosa de Lucifer no había producido sobre todo el mundo el mismo efecto de entusiasmo.

Los conocedores tuvieron un movimiento de sorpresa al notar que la piel del caballo estaba ya luciente de sudor, y bien adivinaban que el jockey no era dueño absoluto de su cabalgadura.

Sir Japhet no podía equivocarse ; una dolorosa estupefacción le había invadido.

Se dió la señal de partida en el momento en que el jockey del baronet, siempre llevado en una carrera loca, acababa de llevar el caballo á la línea por medio de una hábil curva.

Lucifer dió un salto prodigioso, y cogió en seguida la delantera, metiendo la cabeza entre las piernas,

ganando en un segundo varios cuerpos al caballo Libertad, seguido de cerca por Aubergine.

Entonces hubo en la multitud un inmenso deseo de ver. Los coches estaban sobrecargados de gente, y la barrera desaparecía bajo la turba.

— ¡Lucifer! ¡Lucifer! gritaban en las tribunas, y la multitud repetía este nombre con gritos de alegría.

— Y bien, insistía Blancanard ¿no tenéis confianza en mi solvencia, Sr. Comerciante en franelas? ¿no apostáis?

El Sr. Dupoteau temblaba sobre sus gruesas piernas. Acababa de hacer la más ilustre locura de su vida. Poseído por la fiebre general, perdió la cabeza; había jugado sobre la yegua á diez contra uno no sólo los veinte mil francos en billetes que había llevado, sino también cuarenta mil más en cheques; sesenta mil francos por todo, el pan de su ancianidad. Pero el nombre de Lucifer, un Lucifer que no era el de él, repetido en todos los tonos por doscientas mil bocas, le taladraba los oídos como un grito de guerra. El buen hombre se figuraba sinceramente que el honor de Francia estaba en juego.

— Señor, respondió al caballero, he jugado todo, ¡todo! salvo la dote de mi mujer que no me pertenece. Pero si no puedo hacer más por mi país, tendré á lo menos, en caso de pérdida, la satisfacción de no haber dudado de él. ¿Podréis vos decir otro tanto?

— ¡Bravo! murmuró el Sr. de Blancanard. Así se responde, querido compatriota. Yo, he jugado diez mil libras sobre Lucifer. Si gana, como es probable, venid

á Mans. Yo os conseguiré un asiento en « La Pequeña Polonia » para el monólogo patriótico.

Sobre el techo de una de las tribunas, cuatro siluetas de hombres se perfilaban en el cielo claro. Verdaderamente, el lugar era caliente, pero admirablemente bien escogido para quien no quisiera perder ningún detalle de la carrera y desease charlar á su antojo, sin temor á oídos indiscretos.

Al procurarse una escalera para subir á este observatorio, Day-Lily, Dady O' Crab, Roberto Vaughant y Jonathan Girle se habían propuesto este doble fin.

Los cuatro, con gemelos, seguían las peripecias de la carrera y sostenían una animada conversación.

— ¿Los palafreneros no tuvieron sospecha alguna?

— Ninguna, respondió Jonathan. La carta del baronet los satisfizo de todo á todo.

— ¿Cómo habéis hecho?

— Como estaba convenido: siendo los amos del caballo, lo hemos acostumbrado á gin mezclado con agua. Esta mañana, á las once, después de haber empimentado copiosamente su avena, le hemos dado un balde de ron, mezclado con ginebra. ¡Ved el efecto!

— ¡Un balde de ginebra y de ron, hoguera de infierno! exclamó el capitán. ¡Ah! mi esposa Nicely no hubiera jamás tenido la generosa idea de prepararme un grog así.

— ¡Hum! exclamó Day-Lily. Con todo lo Lorracho que está, ese diablo de caballo aun podía jugarnos una mala pasada.

En efecto, gracias al heróico esfuerzo del jockey para

mantenerlo en la pista, Lucifer estaba todavía en buena posición y en vías de vencer; por lo menos así se podía creer desde las tribunas, de donde lo veían siempre á la cabeza.

— ¡Oh! no tengáis temor, respondió Jonathan Girle con sonrisa siniestra, no llegará al fin.

Day-Lily dejó de ver con los gemelos porque los caballos acababan de desaparecer en un pequeño bosquecillo, de pinos silvestres.

— Y vos, viejo Dady, interrogó ¿ creéis que Lucifer pueda ganar ?

— ¿ Si lo creo ? ¡ vientre de cura ! exclamó el capitán. ¿ Si lo creo ? ¡ Ah ! Sun-Ray, buena amiga, se puede esperar todo de un borracho parecido ¡ Sí, lo creo ó que me falte en el cielo la ginebra !

En el fondo, esto no era sino una picardía del capitán que gozaba viendo rabiar á la que lo creía su cómplice.

Pero esta broma no tuvo el efecto que esperaba porque la cabalgada se mostraba ya saliendo del bosquecillo, y una imprecación inmensa salió de doscientas mil bocas. Lucifer acababa de aparecer á la cabeza de los otros, pero el caballo de sir Japhet había desmontado á su jockey tras el bosque de pinos.

Desde su observatorio, Day-Lily, Dady O'Crab, Roberto Vaughtant y Jonathan Girle fueron los primeros testigos del hecho.

El pecho de Day-Lily dejó escapar un suspiro de satisfacción.

— Sir Japhet nos pertenece, dijo.

Los caballos llegaban al final de la prueba. Enfilaban siguiendo la línea de la derecha que pasa delante de la tribuna real, á muchos cuerpos tras de Lucifer que, como visión apocalíptica parecía no tocar el suelo.

Pasado el primer estupor, antes de precipitarse al asalto del pasadizo como toda buena multitud á quien se acaba de robar, la turba, condensando su cólera, se amontonó contra la barrera para asistir á la emocionante llegada que parecía mandar y dirigir Lucifer, cuyos relinchos producían un ruido de trompeta.

Era una tregua.

No lejos de la meta, que el caballo sin caballero acababa de pasar como una tromba, el patrón de la « Corbeta Nupeial » agitaba su pañuelo, gritando á voz en cuello :

— ¡ Aubergine ! Aubergine !

Contra toda presunción la casaca blanca cereza, toca de oro, llegaba en efecto.

La yegua francesa pasó la meta, dejando atrás al campeón americano... Después pasaron todos los demás, retumbando el suelo con una trepidación de trueno.

Después aún, se oyó como el choque de un tambor gigante, seguido de un grito lanzado por todos los concurrentes:

Era el más espléndido de los caballos ingleses que cubierto de espuma sangrienta acababa de precipitarse con la cabeza baja contra la muralla de la tribuna de los jueces.

Este inesperado epílogo tuvo por efecto calmar á la

turba. La muerte del que hacía un instante era su ídolo, la hizo comprender que sería indigno atacar al baronet en ese instante. Este, arruinado, bajaba de su mail para ir á ocupar su lugar junto á la joven soberana.

Sólo el caballero de Blancanard, que no había jugado y perdido sino veinticinco francos, no estaba de acuerdo en conceder su perdón á sir Japhet, á quien consideraba responsable de su pérdida...

Se debatía como poseído, clamando que había perdido diez mil libras. Sobre todo, le hacía daño la alegría de los esposos Dupoteau, y aumentaba su exasperación.

Celeste y Cesarina no podían creer tal felicidad.

¡ Seiscientos mil francos ! Una fortuna ganada en un golpe de dado.

— ¡ Ah ! mi querido compatriota, decía á Blancanard, Dupoteau á quien su buena suerte le llevaba buen humor. ¿ Me diréis aún que tenéis en Mans mejor que esto ? Estoy encantado de los buenos consejos que me habéis dado. ¿ Me permitís, como recuerdo de este agradable día, ofrecereros una docena de franelas acasulladas ?

Este exceso de generosidad de su parte no le hacía olvidar los asuntos serios.

Cesarina, á quien esta nueva emoción le distrajo las de la noche precedente, se había lanzado con él á las casillas de los dos « bookmakers » donde habían apostado. Y sólo hasta después de haberse asegurado de la validez de los cheques que recibieron, se alejaron, cogidos del brazo, rojos como dos tomates.

Sobre el techo de la tribuna, Day-Lily triunfaba. La ruina del baronet combinada por él, y ejecutada por sus cómplices, no podía llegar en momento más oportuno. Había jugado y ganado una suma enorme que le iba á servir para corromper á sir Japhet. Bajo el golpe reciente de su ruina, el baronet aceptaría las ofertas que le haría esa misma noche.

— Ya le tenemos, decía, y es como si tuviéramos el sol de la vitrina blindada...

Day-Lily era, sin embargo, una persona lista y no ignoraba que lo imprevisto tiene siempre gran parte en un juego tan importante como el que traía entre manos.

A veces basta un suceso insignificante para hacer abortar una empresa por mejor combinada que esté.

Aún le quedaba un vago temor por lo imprevisto.

Atenta á todo, bien había echado de ver que Uckrill, ese hombre á quien desde hacía tiempo encontraba en su camino muy á menudo, no había aparecido ese día por Newmarket.

La víspera, bien lo había visto salir del Hotel Lucifer, con sir Franck y el joven Dick Crankle. Y comprendía que el antiguo residente no habría de pasar ese día en Londres, donde también se había quedado, sin buscar activamente á su hija y á su sobrina.

Además, Day-Lily no había olvidado la parte tomada por Uckrill, cuando su duelo con el mayor Rowland ; y siendo ahora el aliado de sir Franck, era más que probable que éste, estanto ya al corriente de las extrañas circunstancias del duelo, quisiese vengar á su hermano.

— Un enemigo como sir Franck siempre es de temerse.

Sir Franck podía, de un momento á otro, pedir al alderman cuentas terribles del pasado y del presente, y Day-Lily, que no tenía gran confianza en el valor de Adrián, temía una debilidad ó una traición de su parte, que comprometiera á toda la asociación.

Había aún otra circunstancia que la inquietaba.

Su hermana Georgina no había vuelto la noche precedente á su villa en los jardines de Cremorne, ni había aparecido por las carreras en Newmarket.

¿Qué podía haberle pasado á la marquesa?

¡Misterio!

Y todo lo misterioso en las actuales circunstancias debía considerarse como un peligro.

Day-Lily sabía demasiado bien que Georgina estaba enamorada de sir Franck; y más de una vez ésta la había amenazado con revelar al antiguo residente lo que se tramaba en su contra.

¿Habría puesto en ejecución su amenaza?

Era posible.

Así, sin perder tiempo, Day-Lily, seguida de Roberto y de Jonathan, se dirigió á la estación, y en el tren que los llevaba á Londres en compañía del capitán Dady O'Grab, hizo á éste toda clase de recomendaciones para que al sonar la media noche se encontrase presto á obrar en compañía de los buenos amigos que, decía él, había podido juntar en seis semanas; y esto, dado que sir Japhet no entrase en tratos.

Cueste lo que costare era preciso acabar esa misma

noche, para no dar tiempo á sir Franck de mezclarse en la empresa en caso de que estuviere avisado.

Sin embargo, lo que Sun-Ray se guardaba bien de decir á sus acólitos, era que, después de haberlos utilizado para sacar las castañas del fuego, esperaba también desembarazarse de ellos, lo mismo que de Sauton y del alderman; y una vez dueña de la fortuna inmensa que representaba el brillante, apresurarse á deponerla á los pies del misterioso Mario, de quien su amor inexplicable la había convertido en esclava; y quien, absorto en algún proyecto misterioso sobre el cual permanecía mudo, no se dignaba arrojar tan siquiera una mirada de conmiseración sobre su devota enamorada.

A. E. I. O. Uckrill había permanecido en Londres. Muy poco le importaban las fiestas deportivas.

Veía llegar el desenlace y había trabajado durante todo el día en combinar un plan de ataque y en juntar todos los hilos de la intriga.

Acababa de llegar á la casita alquilada en los jardines de Cremorne, cuando apareció el capitán Dady O' Crab que volvía de Newmarket é iba á informar á su jefe de todo lo que sabía.

— ¡ Piel de Anguila ! exclamó al entrar, el negocio es para esta noche, Vuestro Honor.

— Lo que me decís ya lo sabía, respondió Uckrill. ¿ No os lo predije anoche en el baile del Hotel ? Sin ser como vos, viejo Dady, el confidente de Miss Sun-Ray, he pensado que las cosas han llegado á un punto en que esta bandido no las dejaría ya prolongarse. A pesar que Sauton ha triunfado cogiendo á miss Mary y á Mi-

riam, ella teme que el residente esté enterado de todos sus manejos. Por más precauciones que he tomado, se ha dado cuenta que vigilo ; se siente desenmascarada y se apresura á terminar...

« Y bien, viejo Dady, os voy á dar una gran prueba de confianza.

— ¡ Piel de Anguila ! exclamó el capitán muy halagado ; ya os escucho, Vuestro Honor.

Y se levantó sobre la punta de sus enormes pies, estirando cuanto pudo su gran cuerpo.

Si á veces llamaba á su jefe « Vuestro Honor » y otras « Maestro Andrew », podemos afirmar, sin embargo, que el viejo pecador convertido no prodigaba la primera apelación y sólo la usaba en circunstancias excepcionales ; es decir : cuando su conducta merecía la aprobación del número 3, ó cuando Uckrill mostraba habilidades de su ciencia policiaca que excitaban la admiración del capitán.

— Mucho nos importa, continuó Andrew, para acallar las sospechas de Sun-Ray que yo no aparezca para nada en lo que va á pasar. Es preciso que crea que no me ocupo de sus asuntos, sino de otros.

« Por otra parte, efectivamente no puedo ocuparme hoy sino de sir Franck y de buscar á las jóvenes. Mucho siento que esté amenazado el diamante de la reina ; á mí me interesa más el asunto de miss Mary, la hija de mi amo el mayor Rowland. Si la pobre no ha muerto ya, víctima del infame Sauton, está en un inmenso peligro, y sólo ella me preocupa.

« Más todavía, es justo que tengáis el beneficio del

golpe de mano que habéis imaginado, ó preparado, al ganáros la confianza de Sun-Ray; á vos os corresponde hacer abortar la tentativa de robo contra el Lucifer que se efectuará esta noche, pues que vos tenéis el hilo de la intriga. Os dejo toda la dirección del asunto; á vos todo el honor de jugar una mala pasada á Sun-Ray y á su banda. Ellos estarán todos juntos esta noche en su empresa. Yo sacaré partido de esta circunstancia, y si place á Dios, llegaré cerca de miss Mary aún á tiempo.

Dady O'Crab se sentía tentado de hacer la rueda... Pero era hombre que sabía cuán conveniente es ser modesto. Se contentó con jurar á Uckrill, sazonzando su afirmación con solemnes « ¡piel de Anguila! », que su confianza estaba bien colocada; y que él se encargaría de dejarle el campo libre, deteniendo á Day-Lily y cómplices más tiempo del que buenamente se podían esperar.

— ¿Estáis, pues sobre la pista del refugio de Sauton, á quien Satanás destripe? preguntó.

— Como Pip y como vos, respondió Uckrill, le he seguido bastantes veces para saber cómo se oculta; y á pesar de mi actividad, no he avanzado gran cosa. A menudo, casi sobre sus talones, le hemos visto desaparecer sin poder adivinar por dónde ha pasado en ese dédalo de callejuelas del Comercial; pero hoy en la mañana me ha venido la idea de penetrar en los subterráneos de Wimsical-City.

— ¡ Ah! ¡ Ah! — exclamó Dady con ese tono doctoral y pretencioso que toman los maestros para aprobar al discípulo, antes de concederle un buen punto ¿ Y

habéis descubierto algo? ¡ Piel de Anguila! maestro Andrew, sería un buen golpe si pudierais coger al Doctor Tom con la mano en el saco.

— No he descubierto nada por lo que concierne al lugar donde se esconde Sauton. Sin embargo, con sir Franck y el joven Dick que me acompañaban en mis pesquisas, he tenido un encuentro que me parece de buen augurio, aunque sea un triste encuentro.

— ¿ Qué?

— Hemos encontrado á la marquesa.

— ¿ La hermana de Sun-Ray?

— Ella misma... ¡ Y en qué estado!

— ¿ Muerta? ¡ Condenación de todos los hombres! exceptuados nosotros dos, Vuestro Honor.

— No; pero poco menos. He aquí la cosa. Ayer, cuando el Residente se dió cuenta de que Georgina no había vuelto á su casa, una sospecha le cruzó por el pensamiento. Pensaba que Georgina estuviese de acuerdo con sus enemigos, y más se afirmó cuando supo que ni hoy en la mañana había vuelto.

— El Residente se equivoca, dijo el capitán, porque si esto fuera así, Sun-Ray lo sabría; y, precisamente, Day-Lily se cree traicionado por la marquesa y ha estado inquieto todo el día por su desaparición.

— Lo que me decís, Dady, ya lo había pensado yo después de hacer charlar á sir Franck un poco acerca de sus relaciones con ella... De lo que me dijo deduje que Georgina era incapaz de hacer lo que su hermana le exigía; y esta deducción se tornó convicción, cuando ví lo que ví.

— ¡Piel de Anguila! Maestro Andrew, me intrigáis...  
 — Figuraos, Dady, que sir Franck, el joven Dick y yo, después de nuestras vanas pesquisas en Commercial, y no sabiendo qué hacer, estábamos decididos á venir á pedir ayuda á Scotland-Yard, — lo que, aquí para nosotros, no hubiera servido de mucho, — cuando al pasar por Pretty-Lane, me vino la idea de descender por segunda vez á la galería que habíamos ya recorrido sin encontrar nada, marchábamos sin hacer ruido en la oscuridad del subterráneo, cuando me pareció oír un gemido apagado, una voz de mujer tan débil, que tuvimos necesidad de detener el aliento para asegurarnos que no nos habíamos equivocado. Mis dos compañeros, menos habituados que yo á dominarse, se lanzaron con una precipitación, que hubiera hecho nulo el final perseguido, si el enemigo hubiera estado allí.

— Es mi hija, exclamó el Residente.

— Es Mary, clamó por su lado el joven Dick.

— Bien veo desde aquí, maestro Andrew, que no era ni la una ni la otra, sino la marquesa, interrumpió el capitán.

— No os equivocáis, Dady. Guiados por los gemidos, llegamos bien pronto cerca de la desdichada, junto á la que habíamos pasado en la mañana sin darnos cuenta, y que desmayada, sin duda, no había podido llamarnos. Encendimos luces, y la vimos tendida en tierra, en medio de un mar de sangre. Nuestro primer movimiento fué de piedad.

« Pintar los sentimientos que agitaban á sir Franck, sería difícil... Tenía llenos de lágrimas los ojos... ¡La

Marquesa! ¿Cómo estaba ahí? ¿Qué había ido á hacer á tal lugar, y quién la había puesto en ese estado? Preguntas sin respuesta, porque la desdichada no podía hablar... En el momento de nuestra llegada, se desmayó de nuevo...

— Estaba aún en su traje de baile, y era preciso deducir que había ido directamente, la noche precedente, del Hotel á aquel lugar en donde la habían asesinado. Mientras la transportábamos, — porque no podíamos dejarla morir ahí, — mi cerebro trabajaba enormemente y me parecía que ya tenía la llave del asunto. ¡El golpe era de Sauton!

— ¡Canalla, una joven tan bella, no pudo impedirse Dady O'Crab de decir. Perdón, maestro Andrew, si os interrumpo, pero consiento en pagar una multa al reverendo Barlow para tener el gusto de desearle á Sauton. ¡Todas las llamas del Infierno y el tenedorazo de Belzebú cuando lo hunda en la gran caldera!

— La prueba que Sauton era el autor del golpe, continuó Uckrill, la tuvimos cuando después de haberla traído aquí, vimos que tenía una herida de puñal bajo el seno izquierdo, á dos líneas del corazón, que se había convertido en una llaga envenenada.

« Al ver la herida el residente no ha dudado, y el nombre de Sauton ha salido de sus labios.

— El arma con que han herido á esta mujer, dijo, es un puñal marato envenenado. Nada puede salvarla. La veis desmayada y está dormida; pero algunas horas antes de morir una crisis dolorosa la despertará. Acaso entonces podamos interrogarla! No hay que abando-

narla ni un momento; si Sauton la ha herido, es preciso que sepamos cómo y por qué.

« Como el sueño de Georgina ha de durar algunas horas, he dejado á su cabecera á sir Franck y me he ocupado del negocio del Koh-i-noor que sabía se terminaría hoy en la noche. He aquí un papel que he obtenido de lord jefe de justicia y que da, por esta noche, á su portador un poder absoluto sobre todo empleado de justicia, ya sea oficial ó policía. El papel os lo entrego, y el poder os lo delego. Yo esperaré cerca de la marquesa, de cuyos labios espero recoger alguna declaración importante. Vos sois por esta noche amo de la capital de Inglaterra. Haced buen uso de vuestro poder.

— ¡Que me sirva de grog el sudor de los condenados, respondió Dady, si con el poder que Vuestro Honor me da, no me apodero de toda la banda de bandidos que tantas inquietudes os han dado! ¡Y por lo que atañe á vuestra empresa os deseo buena suerte!

Con el corazón hinchado de orgullo el capitán pidió permiso á su jefe para retirarse por tener que acudir á la cita con Day-Lily; pues la noche se aproximaba y no había tiempo que perder.

En verdad, el papel que Uckrill acababa de entregarle no era inútil. Como lo había convenido con Sun-Ray, había juntado un cierto número de sus amigos que deberían servir para dar un pretendido asalto á varios puntos de Hyde-Park, mientras él, con Day-Lily y secuaces se ocuparían de la vitrina blindada. De ese modo pensaba apagar cualquiera sospecha de los que le

creían su cómplice, y llevados al punto en donde serían cogidos en flagrante delito de atentado contra el diamante de la reina.

Sin embargo, una duda molestaba al capitán: los amigos, sus colaboradores por la promesa de una honrada recompensa, eran antiguos camaradas de su vida aventurera cuya probidad no podía asegurar. Dejar á esas gentes sueltas entre las riquezas de la exposición era un poco arriesgado, y Dady lo sabía bien; pero el papel que Uckrill le había entregado, lo tranquilizó de todo á todo. Con intercalar entre ellos algunos agentes de policía disfrazados, quedaba todo arreglado, y no despertaba las sospechas de Day-Lily.

Cerradas las puertas de Hyde-Park, como todas las noches, el guardián que hacía su ronda, mucho se asombró el ver la silueta de un hombre que se paseaba con las manos en los bolsillos.

Consciente de su deber, pero deseoso de conservar su vida, creyó prudente advertir al hombre, antes de aproximársele, porque bien podía ser un malhechor peligroso.

— ¡Eh! ¡amigo! exclamó, ¡os habéis dejado encerrar!

El hombre se volvió y se dirigió hacia él.

— Buenas noches, señor Braud.

— ¡Ah! exclamó sorprendido el guardián al conocer la voz. ¿Sois vos, señor Pip? ¿Cómo estáis aquí?

— Como vos decís, me he dejado encerrar.

— ¿Expresamente?

— ¡Sí!

Aun cuando había conocido á Pip, no por eso se sentía menos embarazado el Sr. Braud.

— Tranquilizaos! exclamó Pip sonriendo de la incertidumbre que se leía en la cara del guardián. Yo no estoy aquí ni para suplantaros, ni para molestaros, Sr. Braud. Vengo, por el contrario, á ofrecer os ocasión de prestar un servicio á Su Majestad. He aquí un pape- lito que podrá probaros que se trata de asuntos serios.

Y mostraba al guardián el papel entregado por Uckrill á Dady. El Sr. Braud lo leyó á la luz de la lin- terna y saludó respetuosamente.

— ¿Qué deseáis, señor Pip, preguntó.

— La llave de la gran verja del parque.

El Sr. Braud titubeó.

— Además, añadió el gentleman Pip, cuando yo abra la puerta para dejar entrar á cuatro personas, entre las que estará el n° 2, capitán Dady O'Crab, os lanza- réis sobre ellos como para impedirles el paso. El capi- tán os cogerá, os apretará el cuello, os amarrará y os quitará el marrojo de llaves de las otras puertas. Vos hacéis resistencia, pero la menos posible.

Braud lo miraba profundamente asombrado.

— Sin más explicaciones, continuó Pip, pero para tranquilizaros completamente, sabed que se trata de un asunto dirigido por el n° 3..

— ¿ El Sr. Andrew ?

— En persona.

— Entonces no tengo nada que objetar y obedeceré á ojos cerrados.

— Muy bien, dijo Pip; será para la media noche;

mientras tanto, voy á dar una vuelta por el parque.

Y se marchó hasta cierto sitio de la verja, donde lo esperaba Dady O'Crab por la parte de afuera.

— Ya está hecho, viejo Dady, le dijo. Aquí está vuestro papelucho.

Y á través de los barrotes le entregó el poder del lord-jefe de justicia que poco antes le confiara el capi- tán para hacer lo que queda dicho.